

Theodore Jennings

Marcella Althaus-Reid lecture series

En su ya famoso ensayo sobre el aparato ideológico estatal, el gran pensador francés Louis Althusser utilizó la analogía de una persona que va caminando por la calle y escucha una voz que, con cierto aire de autoridad, le dice “ey tú, ¡para!”. Nuestra primera reacción, casi de instinto, es la de parar. Ello presupone que la voz va dirigida a mi persona. Esto demuestra, reza Althusser, que somos educados a respetar la autoridad para convertirnos en trabajadores y ciudadanos obedientes. Pero también sugiere que este poder policial, el estado como poder policial, también se encuentra muy difundido en las instituciones sociales. Nos habla en las iglesias, en las escuelas, en el seno de la familia, en la publicidad, etc. Este modelo de poder policial también se aplica a la sexualidad, a las identidades y prácticas sexuales. Todas estas instituciones o aparatos de control, de intentar obligarnos a conformarnos con lo que la sociedad considera normal, se puede escuchar en las iglesias, las escuelas, en el cine y en la tele y la publicidad, dondequiera que mires. Pretenden imponer una perspectiva que podemos interiorizar sobre qué debe ser una identidad sexual y práctica normal y hacer que nos conformemos, al menos de cara al público, con esos mandamientos. Todos somos conscientes del impacto que ha tenido a la hora de marginar o silenciar a las personas LGBTQ.

En cuanto a la sexualidad *queer*, la policía se puede encontrar no sólo en las escuelas, las iglesias, las familias, en los juzgados, en las legislaturas, los mercados y en los medios de comunicación. También se les encuentra dentro de los movimientos que tienen por objetivo la liberación LGBTQ, ya que estos movimientos se fijan en lo que Michael Warner describe como lo normal. Lo normal en este sentido quiere decir que la liberación para personas queer muchas veces consiste en parecernos a los heterosexuales: con derecho a casarnos y adoptar, a servir en el ejército, a comprar casas y a ordenarnos. Y también, a unirnos a las fuerzas de policía.

Y el resultado de los esfuerzos de asimilar a las personas LGBTQ a lo normal heterosexual es que mucha sexualidad *queer* se deja fuera, en la sombra,

marginada como secretos oscuros que no deben mencionarse en medio de nuestras campañas por la normalidad. Yo denomino este proceso “asimilación por amputación”: cortamos todas las formas de práctica sexual que no encajen con el paradigma pseudo-hetero que utilizamos para conseguir la aceptación. No quiero decir que está mal abogar por cosas como el matrimonio igualitario. Sólo que es muy peligroso hacerlo cuando puede marginar o silenciar otras sexualidades *queer*. Y esto sucede mucho. No queremos reconocer en público las prácticas que a otros pueden resultar escandalosas. El resultado es la hipocresía en nuestro discurso sexual, y el silencio o la exclusión de otros que no comparten esta hipocresía.

Es por eso que en mi curso sobre la ética sexual Queer, trato de forma intencionada las variadas formas de vida sexual que otros, incluso dentro de los movimientos por los derechos gays, prefieren no tratar: el poliamor, la promiscuidad, la prostitución, el sexo en público, el sado o incluso relaciones multi-generacionales. Suelen ser temas que no se hablan en entornos sociales o religiosos, salvo que sean el objeto de una condenación santurróna.

Ciertamente la sexualidad, sobre toda nuestra propia sexualidad, no se comenta en la teología, en entornos religiosos, o en la iglesia.

Marcella Althaus Reid fue una teóloga pionera y extraordinaria. De entre las cosas que ella intentó enseñarnos o provocar en nosotros está la idea de integrar nuestra experiencia sexual en la teología. Hizo esto de varias maneras: permitir que lo erótico transforme nuestra forma de relacionarnos con símbolos y figuras religiosos, dejarnos pensar en voz alta sobre la naturaleza *queer* de Dios, tomar en cuenta los deseos sexuales, las alegrías y los dilemas de los pobres, inclusive las mujeres pobres al pensar en la liberación de los pobres y de las mujeres. Ella demostró hasta qué punto el sexo faltaba en la teología, o que ésta nos había impuesto un modelo sexual en concreto (el heterosexual, dominado por el hombre etc.)

¿Cómo tener en cuenta el lugar de lo erótico en nuestras vidas a la hora de considerar la teología? Una sugerencia un tanto alarmante que hizo fue la de pensar sin ropa interior. Es decir, pensar con el deseo sexual al “desnudo”, sin

fingir ser modelos de la imagen dominante de la no-sexualidad o la decencia heterosexual.

Con mis alumnos de ética sexual para personas *queer*, he descubierto que es mejor romper el hielo desde el principio si empiezo contándoles algo sobre mí. Al principio esto me daba mucho miedo. Pero al ver como les ayudaba a la hora de permitir conversaciones más sinceras, decidí seguir haciéndolo. De modo que, en honor a Marcella Althaus Reid, comenzaré lo que quiero decir sobre la promiscuidad como estilo de vida con la siguiente declaración:

No sé si es que estoy confesando algo o presumiendo de algo cuando digo que soy un poco puta. Me gusta el sexo, mucho diferentes tipos de sexo, que incluye pero que no se limita al sexo entre hombres.

Me gusta la liturgia del sexo cuando conozco a la otra persona desde hace mucho tiempo, y los movimientos de san convertido en patrones tan familiares y misteriosos como la misma eucaristía.

Disfruto de la aventura del cruising, y de irme a casa con alguien que acabo de conocer o que tal vez no vuelva a ver nunca; la manera en que el sexo me permite una entrada a mundos que jamás vería, y un punto de encuentro con personas de distintas culturas, clases sociales y religiones que de lo contrario no llegaría a conocer.

Disfruto de la compañía de prostitutas y estrípers y travestis en la playa, en el bar (o en la cama).

He disfrutado los riesgos y cortesías de saunas, arbustos y cuartos oscuros.

Me gusta hablar del sexo y también pensar en ello, trato de entenderlo. Sobre todo el entender el sexo en relación al amor, la justicia, la esperanza y la memoria, el Evangelio y el divino.

No pretendo que todo el mundo haga o disfrute de lo mismo que yo. También hay cosas que hacen otros que me cuesta no calificar de raras o asquerosas.

El propósito de integrar la experiencia autobiográfica en una reflexión ética y teológica es porque para empezar, es así que nos viene la experiencia (también es la manera en que se provoca la reflexión). Si celebro 40 años con la mujer que amo, o estoy pasando tiempo con un chico de la playa de Acapulco, siendo teólogo y un ser sexual son dimensiones inseparables de mi persona: como lo vertical u horizontal, la profundidad y la duración. No dejo mi cerebro en la puerta al entrar: en la iglesia o en el bar, o la cama. En ambos casos: la curiosidad, el gozo en la complejidad, la pasión por el amor y la justicia – también una torpe testarudez, increíbles fallos de buen juicio y una preocupación poco sensible por uno mismo se hacen patentes, sin mencionar el necesario gozo y placer que hacen que el sexo sea posible.

Ahora bien, lo que acabo de describir, mi propio estilo de vida sexual, muchos lo calificarían de promiscuo. Quiero analizar ese término, preguntar qué es lo que quiere decir, para entenderlo como estilo de vida que no es vergonzoso ni marginal, sino que puede aportar algo a las demás personas con otro tipo de estilo de vida sexual cuando se reúnen para hablar con sinceridad sobre su sexualidad.

Primero, quiero mencionar algo sobre la promiscuidad. Se trata de un término raro, con significados que varían según quienes lo estén empleando. De modo que alguien que tiene relaciones sexuales con una sola persona puede utilizar este término para referirse a una persona que sale con otras personas con la intención de encontrar a la “persona ideal”. O éste puede emplear el término no para describirse a si mismo, sino para describir a alguien que ha tenido relaciones con más de una persona en un mes, o en una semana. Y así sucesivamente. La promiscuidad suele significar: cualquier persona que tiene más sexo que el que habla. En los primeros días de la Iglesia, los encratitas creían que cualquiera que mantuviera relaciones sexuales, incluso estando casado, era promiscuo. Otros sostenían que el sexo estaba permitido, siempre que el propósito fuera procrear. Y otros sostenían que incluso si el propósito era procrear, si se hacía de día resultaba que eras promiscuo, o si producía demasiado placer, etc. Otros grupos creían que si era dentro del matrimonio estaba bien, pero en cualquier otro caso resultaría promiscuo.

Ahora vamos a examinar el caso de una persona que ha tenido varias parejas sexuales, sin importar la duración de la relación. Eso es lo que estaremos explorando cuando hablemos de la promiscuidad, hasta sugerir que es o puede ser un estilo de vida que encaja perfectamente con la ética. Pero primero, hablemos de las virtudes de la promiscuidad.

En esta línea, tal vez nos sirva de ayuda recurrir a la poesía de Walt Whitman. Whitman, quien era contemporáneo de Abraham Lincoln, era poeta oficial de la democracia, y más aún, de una forma de democracia específicamente norteamericana o estadounidense, es decir, una forma de democracia que celebra, o que debe celebrar, la plena diversidad de razas y clases. Era sin duda su individual visión de una sociedad formada por iguales, de una diversidad radical, que constituyó su primera visión de la democracia, al estilo norteamericano.

Para Whitman, lo que hace que una sociedad así sea viable es más o menos encuentros sexuales y ternura erótica entre hombres; una forma de promiscuidad masculina gay (o bisexual). Whitman denominó esta conectividad erótica/sexual “adhesión”. De cierto modo, el *cruising* nos facilita el tejido que une la sociedad entre las diversas condiciones de humanidad. Es decir, no es lo que llamaríamos “homosexualidad como tal”, sino promiscuidad entre personas del mismo sexo lo que hace que la visión sea viable. No es una cuestión de una sociedad de parejas como los lazos masculinos espartanos o tebanos entre amantes, sino un organismo cuyo sistema sanguíneo se constituye por una interacción cambiante de múltiples, y muchas veces casuales, encuentros entre hombres.

¿Cuál es la contribución a la “democracia? Pareciera que lo consigue utilizando una amabilidad erótica como el solvente que disuelve el individualismo de los intereses que competen entre sí o que disuelve las paredes de mónadas aisladas. De ese modo hace que los individuos sean capaces de ser solidarios. Es la ternura de la acogida mutua del desconocido lo que descompone el ácido de la agresividad pseudo-masculina, la enemistad de cada uno contra todos, y así hace posible una sociedad de hermanos y camaradas.

Un siglo más tarde, el filósofo norteamericano Paul Goodman señaló las virtudes positivas de tener varias parejas sexuales como la creación de una red de interconectividad que facilita que el ser humano prospere.

Muchos se han fijado en ese aspecto de la cultura de las saunas gay y de otras formas de sexualidad promiscua de los años 70 y principios de los 80. Hombres que dejan a un lado los signos de clase y distinción, y que encuentran en la entrega al contacto con otro, una solidaridad que humaniza profundamente. ¿De qué manera humaniza? Antes de nada, nos puede devolver a nuestros cuerpos. De ese modo, nos reconcilia con el cuerpo marginado por los papeles sociales y la conciencia exagerada. Es más, nos permite concebir la posibilidad de confiar nuestro cuerpo a otro. Algo muy notable de las saunas y bares gay son las formas tan pacíficas de socializar que fomentan. Esto se puede observar de otras maneras también: En la manifestación del Orgullo Gay de Washington en 1995, las calles de Washington estaban repletas de (sobre todo) hombres, en las calles, en los bares, en la acera. Bebían, socializaban, se movían y se reían, a veces de forma muy animada. Sin embargo, a diferencia de un grupo de seguidores de fútbol o de universitarios, no hubo violencia. La agresividad brilló por su ausencia.

Tal vez el estar dispuesto a tocar o ser tocado, una especie de disponibilidad erótica, influya a la hora de disminuir el impulso agresivo. Pero fíjense que no pasa lo mismo con el comportamiento con el sexo opuesto (heterosexual). En este caso, entran en juego las reglas de posesión y de competición, celos y control.

Puede que sea en este punto donde la promiscuidad contribuye a mejorar la calidad de vida: hace que la posesión del otro sea imposible. También significa que la promiscuidad del otro tampoco supone un problema: Lo que, a su vez,

significa que no compito con otros por la posesión de un bien tan escaso. Sino que es al menos posible celebrar la koinonia: compartir (el significado original de koinonia). Para terminar de explicar este concepto, consideren lo siguiente:

Conozco a alguien, a un desconocido. En la calle, en un bar, o en el kiosco. Resulta que los dos nos sentimos sexys, calientes, y disponibles, eróticamente hablando. Algo que le veo, y que me ve a mí, nos hace pensar que seríamos buenos compañeros para pasar un rato de placer juntos. De alguna manera nos comunicamos el interés mutuo, y éste se verifica y se negocia. Vamos a su casa, o a la mía. Exploramos el cuerpo el uno al otro, despacio o de prisa nos abrimos al tacto, a esta exploración del cuerpo. Hay alguna práctica sexual. ¿Y después? Quizá charlamos, nos contamos parte de nuestras historias. Quizá queramos volvernos a ver. Quizá estemos bastante satisfechos con lo sucedido y no tenemos ninguna necesidad de repetir o prolongarlo. Pero los dos estamos agradecidos por el tiempo que hemos compartido. Exageramos si decimos que nos hemos hecho amigos. Pero el encuentro ha sido agradable. El encuentro ha supuesto un desafío a la habitual actitud de bloqueo a los desconocidos de nuestro entorno urbano capitalista. Conocemos un poco sobre la vida del otro, y tal vez más sobre lo que le produce placer. Y nos despedimos de forma amistosa. Contentos por la afirmación de la vida, del cuerpo, de la conexión el placer y la amabilidad, que han disuelto por lo menos durante un tiempo la soledad, la sospecha y la alergia al desconocido que nuestra sociedad cultiva y nutre en nosotros como un veneno.

Hasta ahora lo que he indicado es de alguna manera el valor positivo de la promiscuidad como tal. Ahora quiero centrarme en el valor de cierto tipo de promiscuidad: la que rompe las barreras de clase, raza y cultura. Esto sin duda ya era importante en la visión de Whitman de la cohesión. Recordamos que lo que Whitman consideró que el carácter específico de la democracia estadounidense era la diversidad de las gentes, de clases, razas y edades. Y es la cohesión lo que

mantiene fluidas estas posiciones sociales, lo que hace que la amabilidad que atraviesa las barreras construidas por la sociedad sea posible.

Lo que la promiscuidad hace posible (aunque no inevitable) es que surjan sentimientos de “Empatía” con y entre personas de otras clases sociales. En la ficción gay de a finales del siglo XIX y principios del XX, se puede apreciar, sobre todo en la literatura británica, es la superación de las férreas divisiones de clase que existían y mantenían dividida a la sociedad británica. En **Maurice**, E.M. Forster celebra el amor del protagonista de clase media con otro hombre de clase baja. La renuncia a la superioridad de clase por parte del de clase media es el final de un cuento de hadas con el que el autor defiende la posibilidad de una nueva orden social. De igual modo, lo que provocó el ingreso en prisión de Oscar Wilde no fue tanto su malograda relación con el novio aristócrata, sino su gusto por los chicos de la calle y los jóvenes de clase obrera. Entre estos autores y en el autor francés André Gide, o el italiano Pier Paolo Pasolini, o el estadounidense Paul Goodman, existe una conexión bastante marcada entre una sexualidad que atraviesa las fronteras de clase y el compromiso con el socialismo. Existe, opino, una importante y poco comprendida conexión entre la promiscuidad entre hombres que sobrepasa las líneas entre clases y un socialismo democrático que protesta contra el privilegio de las clases superiores.

Como he dicho antes, este proceso no es nada automático, ya que la explotación de la clase de uno u otros privilegios también se hace posible en el desarrollo de estas relaciones. Pero tengamos en cuenta que este es el papel “normal” del privilegio con o sin el componente sexual. De modo que me parece justo resaltar la tendencia a que se desarrollen sentimientos de empatía y solidaridad que atraviesan esas líneas sobre la base de la vulnerabilidad y reciprocidad corporales.

En EE.UU., a las divisiones de clase le tenemos que agregar las divisiones raciales y culturales. Desde *Giovanni's Room* de James Baldwin, a *Tangled up in Blue* de

Larry Duplechan, vemos que el acto de sobrepasar de estos límites está en si mismo cargado de valor erótico.

Está claro que cuando hablamos de que surjan sentimientos de empatía o de solidaridad, nos referimos a relaciones que pueden varios días o semanas, lo suficiente como para que se dé una consolidación de la amistad y un conocimiento más profundo del otro.

Debo, sin duda, cierto grado de apertura erótica al mundo que poseo a un maravilloso grupo de amigos y conocidos, el encuentro con los cuales ha hecho mucho para que yo pueda sentir empatía por, y comprender, a personas de diferentes grupos sociales, raciales, culturales y económicos. Blanco, negro, hispano, asiático, musulmán, judío, hindú, budista, ateo, banquero de inversiones y sin-techo. Algunos de ellos son amigos desde hace mucho tiempo, y a otros no les volveré a ver nunca. De cada uno de ellos he aprendido sobre la vida, el amor, y con cada uno he compartido lo que pudiera de mi afecto, entendimiento y respeto. Y gracias a ellos, me importa no sólo lo que les pase a ellos como personas, sin también a los grupos que representan. La promiscuidad me ha hecho mejor persona de lo que tal vez habría sido.

Existen, claro está, problemas. He mencionado que los resultados que quisiera celebrar no son nada automáticos, ya que la promiscuidad gay puede también ser un espejo de las divisiones de clase y raza de la sociedad a la que pertenece. Ello no nos debe sorprender. Pero debe identificarse como una traición del potencial por el bien, por lo que dijo Whitman acerca de la democracia que hay dentro de la promiscuidad.

Aparte de un estilo de vida que celebra la promiscuidad, existe otro en el que la otra persona es tratada como un objeto de placer sexual, en el que no puede haber ningún encuentro humano auténtico, en el que la dignidad y el respeto por el otro se ignoran o se abusan.

También los hay adictos al “subidón” de la conquista, de reforzar nuestro sentido de poder y prestigio, sumando conquistas de manera que resulta dañina para la propia identidad o el respeto por uno mismo, lo que puede llegar a considerarse como una adicción al sexo.

También existen otros problemas. Lo que he dicho sobre la promiscuidad gay puede o no puede aplicarse a la sexualidad de las lesbianas. En este caso la promiscuidad suele ser menos marcada, más controlada, aunque si esto es una parte inherente de la sexualidad femenina o si se debe a ciertos límites sociales no puedo comentar. Por otra parte, he conocido a mujeres que se identificaban como lesbianas que practicaban cierta promiscuidad con otras mujeres y con muchas ganas. Éstas muchas veces van en contra de la corriente de la mayoría de las lesbianas, que tienen una perspectiva bastante negativa de la sexualidad, o que insisten en ser monógamas. Es más, pareciera difícil recomendar esta clase de promiscuidad en el contexto de las relaciones del sexo opuesto, ya que con las lesbianas, las tendencias a la posesión, o a la suma de conquistas, son muy fuertes, dada su dilatada experiencia con la dominación y posesión masculinas. No obstante, conozco a varias mujeres feministas que se identifican como heterosexuales y que afirman y practican la promiscuidad con varios hombres con los que no tienen ninguna intención de casarse. Estas mujeres no son sólo cristianas en nombre, sino que se toman su compromiso con el Evangelio muy en serio.

En cualquier caso, no quiero sugerir que este estilo de vida sea el más indicado para todos, o que debe ser el estilo de vida preferido por la mayoría. En primer lugar hay personas que se identifican como “asexuales” que prefieren no practicar sexo y que apenas tienen deseos sexuales. Hay mucha gente que considera que esto no es normal. A mi me parece bastante normal, es normal en el sentido de que es una de las muchas formas de ser que te puede llenar igual que otra, y que hacen su contribución a las comunidades de las que forman parte.

Hay quien dice que tener tantas parejas sexuales llega a ser confuso o que les distrae, y prefieren expresar su sexualidad con una sola persona a la vez, o incluso para siempre.

Hay otros que descubren que la promiscuidad les gusta, pero sólo durante cierta fase de la vida, o como una parte restringida de su vida sexual que también incluye la posibilidad de ser fiel a su pareja principal.

Lo que quiero transmitir es que todos los estilos de vida sexual se parecen un poco a lo que San Pablo llamaba “dones”. No todos tienen el mismo don, que sea el don de la monogamia, del celibato, de la promiscuidad, de ser trabajador sexual, ya que puede haber un amplio surtido de dones como nos cuenta en 1 Corintios 12-14, donde también nos dice que el mejor regalo es el amor.

Y son dones, incluso dones de un espíritu que es santo, cuando pretenden reconfortar o dar placer a otra persona, cuando tratan a los demás como personas dignas de respeto, cuando la relación entraña cierto grado de justicia y generosidad, y también alegría. Lo que quiero decir es que la promiscuidad sexual es una manera en la que puede suceder, pero no la única.

Está claro que nadie es perfecto. Nuestra capacidad de amar, tanto sexualmente como no, siempre está creciendo. En la medida en que busquemos improvisar nuestro estilo de vida sexual, es normal que nos equivoquemos a veces. Siempre hay una oportunidad para confesarnos, para pedir perdón a los que hemos hecho daño, para aprender y crecer hacia lo que yo llamo una santidad mayor, es decir, el llegar a ser capaces de amar de forma justa y generosa.

El caso es que, para mi, como cristiano, no existe una ética sexual especializada o categorizada. Sólo existe una ética cristiana. Una ética de justicia y generosidad. Eso no quiere decir que “todo vale”. Quiere decir que todo pasa por una prueba de justicia y misericordia, de justicia y generosidad, de lo que hace que la gente brille siendo capaces de amar. Y este criterio es más alto de lo que muchas veces fijamos para nosotros mismos, que sea en materia de sexualidad y de economía o política u otro ámbito de la vida. San Pablo indicó cuán difícil es en sus famosas reflexiones sobre el amor, un amor que, según él, era el fin de la ley:

1 Cor. 13: ⁴ Tener amor es saber soportar; es ser bondadoso; es no tener envidia, ni ser presumido, ni orgulloso, ⁵ ni grosero, ni egoísta; es no enojarse ni guardar rencor; ⁶ es no alegrarse de las injusticias, sino de la verdad. ⁷ Tener amor es sufrirlo todo, creerlo todo, esperarlo todo, soportarlo todo.

Teología

¿Tiene la promiscuidad algo que ver con nuestra manera de concebir a Dios? Yo creo que sí, y quiero terminar contándoles la buena nueva de la divina promiscuidad.

Hay un cuento apócrifo sobre una joven que fue a un renacimiento espiritual y descubrió que Jesús la amaba, especialmente a ella. Se alegró mucho al escuchar esto, y compartió su experiencia con un amigo de otro barrio. El amigo le contó que le había pasado lo mismo a él también, que él había descubierto a Jesús como el amante de su alma, como aquel que le sería completamente fiel. La joven se enfureció. ¿Quieres decir que te dijo que te sería fiel a ti, y va y me cuenta lo mismo? ¡Menudo gañan! ¡Se va a enterar! ¡Esta semana pienso ir a un templo hindú!

¿Dios es fiel o es promiscuo? ¿Qué significan estos términos? ¿Se puede considerar nuestra relación con Dios como erótica? Hay quien piensa así, los místicos por ejemplo. Y las canciones *gospel* también: (Vengo al jardín sólo... o Yo te amo a ti, yo te amo a ti, o buen Salvador...)

La historia de la religión bíblica puede entenderse en cierto modo como una historia en la que Dios se vuelve promiscuo. Conocen la historia. En los libros de Samuel leemos sobre David, amado por muchos hombres fuertes. De Saúl y Jonatán y tal vez sobre Achshish, el general filisteo. Pero su amante principal era YHVH, quien le escogió debido a su gran belleza... y quien siguió con él por todos los altibajos de cualquier aventura de amor. Pero al final, es por el gran amor que

tiene YHVH por David que le promete serle fiel a Israel, y otorgarle a Israel su amor eterno.

Ésa también es interesante como aventura de amor. Los profetas cuentan la historia diciendo que Israel (nieta de Abrahán, el hijo de Isaac) es una mujer trans que YHVH descubre en el desierto, se enamora de ella y le concede su gracia. Sabemos que Israel no era nada fiel, según cuentan los profetas. Israel se enamoró de los grandes penes de los egipcios, de la caballería asiria, y de la riqueza de los babilonios. Así que YHVH se enfureció, y castigó a Israel por serle infiel. Pero luego se arrepintió y le prometió fidelidad.

Pero la historia empieza a cambiar. YHVH le será fiel a Israel pero también se volverá más promiscuo. Concederá su gracia no sólo a su Israel amado, sino a todo el mundo.

Aunque San Pablo no era muy fan de la promiscuidad sexual (y a veces pareciera que no era fan de las relaciones sexuales en general) la promiscuidad vista de otras formas tiene un papel fundamental en su obra como apóstol del Dios de Israel a los gentiles al proclamarles la buena nueva de que Dios les amaba a ellos también, los escogió y adoptó, los hizo herederos de la promesa. De esa forma podríamos decir que Pablo es el apóstol de la promiscuidad, del Dios promiscuo.

Esta promiscuidad marca su vida también. Quiere hacer todo lo posible por tener una relación de amor con todo tipo de personas para poder representar al Mesías, quien incluía a todos y todas. He aquí lo que dice sobre su propia práctica promiscua:

Aunque no soy esclavo de nadie, me he hecho esclavo de todos, a fin de ganar para Cristo el mayor número posible de personas. Cuando he estado entre los judíos me he vuelto como un judío, para ganarlos a ellos; es decir, que para ganar a los que viven bajo la ley de Moisés, yo mismo me he puesto bajo esa ley, aunque en realidad no estoy sujeto a ella. Por otra parte, para ganar a los que no viven bajo la ley de Moisés, me he vuelto como uno de ellos, aunque realmente estoy sujeto a la ley de Dios, ya que estoy bajo la ley de Cristo. Cuando he estado con los que son débiles en la fe, me he vuelto débil como uno de ellos, para ganarlos también. Es decir, me he hecho igual a todos,

para de alguna manera poder salvar a algunos. Todo lo hago por el evangelio, para tener parte en el mismo.

Así que, de cierto modo la buena nueva se trata de una noticia sobre la divina promiscuidad. Una asombrosa combinación de promiscuidad y fidelidad. Fidelidad a la promesa de bienestar por el otro, pero a muchos otros, a todos. Piénsenlo. ¿No es eso en sí el Evangelio? Que Dios ama no sólo a uno sino a muchos, tal vez a todos. La buena noticia de que Dios nos ama, también a nosotros, ¿no es el Evangelio de la divina promiscuidad?